

En la mar, cerca de Alcocebre

1790

Los jabeques fueron barcos de tres palos y velas latinas, originarios del Mediterráneo. Eran naves rápidas y muy marineras, de dimensiones diversas. Las más grandes podían llevar hasta treinta cañones y más de trescientos tripulantes. Corsarios de las más diversas naciones, entre ellos los españoles, emplearon jabeques desde el siglo XVII hasta comienzos del XIX.

Estos buques desempeñaron un papel de primer orden en las guerras navales que sostuvo España a lo largo de esos siglos contra rivales tan fuertes como los berberiscos o los ingleses. Atacando a las embarcaciones mercantes contrarias o dando apoyo a la armada propia, los jabeques corsarios españoles llegaron a ser claves y, sin ellos, no se entiende cómo España pudo sostener su poderío marítimo frente a una multitud de enemigos que, todos juntos, gozaban de una superioridad abrumadora.

A primera mañana un jabeque español se trabó en batalla con dos berberiscos, cerca de Alcocebre. Lo presenciaron varios botes de pesca y una barca valenciana, cargada de arroz y habichuelas. Y si para ellos la lucha resultó tremenda, mucho más lo fue para sus protagonistas.

El español era el corsario *Venturoso*, del capitán Damián Carbonell, que venía persiguiendo a los berberiscos, tras una incursión de estos cerca de Peñíscola. Carbonell estaba esa noche fondeado en Vinaroz y, al oír los cañonazos de aviso, desde las torres vigía, zarpó sin dilación en busca de pelea. Pudo alcanzarlos porque los berberiscos habían enviado a una partida tierra adentro, lo que les demoró lo bastante.

Los testigos contaron que los tres barcos navegaban a todo trapo, con las enormes velas triangulares hinchadas de viento, a tanta velocidad que las proas saltaban. Las cubiertas hervían de hombres y, desde lejos, podían distinguir los mosquetes, así como el centelleo de las bocas de los cañones, listos a disparar.

Los berberiscos iban próximos a la costa y el *Venturoso* algo más mar adentro, impidiéndoles así apartarse de tierra. Gracias al ángulo, los españoles cambiaban tiros de mosquete con el más grande de los enemigos. Una vez dispararon el cañón de proa, más para alertar a buques amigos próximos que con la esperanza de acertar al otro, dada la distancia y a esa velocidad.

De golpe, los fugitivos cambiaron de estrategia. Viraron para hacer frente al español. Algún testigo afirmó más tarde haber visto cómo, desde el grande, hacían señales al otro para la maniobra. Enseguida comenzaron a dispararse cañonazos.

Los berberiscos eran más numerosos, en hombres y piezas. Su jabeque mayor era similar al *Venturoso* y el pequeño dispondría de veinte cañones y cien hombres. Iban huyendo porque su negocio era el saqueo, no porque temieran combatir. Y porque esa vez tenían órdenes de evitar enfrentamientos y de alejarse cuanto antes de las costas españolas.

Pero aquel día intervino el azar que lo gobierna todo. Un disparo de mosquete, de los que cruzaban en la persecución, alcanzó al hijo de Baba Bey, capitán del jabeque mayor. El chico estaba a su lado, en el puente, y al verlo caer muerto perdió la cabeza. Olvidó las órdenes, las costumbres y cualquier prudencia. Mandó virar para tomar venganza contra aquel corsario que había matado a su hijo mayor.

Y así, los tres buques se trabaron en batalla, cerca de la costa.

Juan Miralles y Francisco Subirats estaban a bordo del *Venturoso* aquel día de humo y estruendo. No eran más que dos pajes de doce años y fue su primer combate. El que no se olvida. El que dejó huella en ellos y marcó su vida en los años por venir.

La batalla fue encarnizada por las ganas de revancha de todos. Si los berberiscos querían vengar al hijo de Baba Bey, los del *Venturoso* también tenían cuentas que ajustar, porque las familias de casi todos habían sufrido con los ataques berberiscos. Había allí muchas deudas pendientes.

Corrían los pajes por cubierta, demasiado atareados para sentir miedo, llevando cargas de pólvora a los cañones de cubierta. Zigzagueaban entre marineros, artilleros y tiradores. Lagrimeando por el humo, medio sordos por los estampidos, atufados por los olores a pólvora, brea y cuerpos sudados.

Los jabeques se cruzaban cañoneándose, para luego virar y volver a atacarse. A veces pasaban tan cerca que los chicos podían distinguir rostros y oían los gritos. Aquel día entendieron por qué los de los jabeques se jactaban de que esos «eran barcos para hombres de verdad».

Naves de mástiles inclinados y velas enormes que peleaban como avispas. A distancias más cortas que los grandes navíos de línea. Se disparaban con cañones y mosquetes, se arrojaban frascos de fuego si llegaban lo bastante cerca y, no era raro

que entrasen al abordaje, al arma blanca. Allí no era como en los navíos de línea. Allí se mataban viéndose las caras.

El capitán Carbonell estaba junto al timón, voceando órdenes. Navegó en su día con el gran don Antonio Barceló, el más grande de todos los corsarios españoles. No se cansaba de narrar las aventuras que vivió bajo su mando y todos sabían que, pese a sus años, aún soñaba con emular sus hazañas.

Ese día tuvo ocasión. Contra dos jabeques llenos de moros aguerridos, airados, que les disparaban con todo lo que tenían. Y bien que supo aprovechar esa oportunidad que le brindaba la suerte.

Miralles y Subirats, ambos de tierra adentro, novatos en la mar y en la guerra, no se enteraron ni de la mitad. Corrían entre humo, gritos y estampidos. Descalzos, sorteando hombres y obstáculos, tratando de no pisar los charcos de sangre. Los heridos de bala, metralla o astillas, se quitaban de en medio como podían, mientras el cirujano y los criados se multiplicaban taponando, haciendo torniquetes y retirando caídos.

Porque tuvieron no pocas bajas en aquella jornada.

Los chicos tampoco salieron indemnes. Subirats se cayó dos veces y los golpetazos le redolieron días. Y una astilla larga, arrancada de la borda por una bala de cañón, se le clavó en el hombro izquierdo a Miralles. Tuvieron que sajarle, dolió horrores y le dejó cicatriz de por vida. Una que lució siempre ufano. Su primera herida de guerra.

Como ufanos estuvieron siempre ambos de aquel combate, en el que vencieron tras lucha larga. Tan larga que dio tiempo a que llegase, de Alcocebre, una nave guardapesca en su ayuda. Esa sin cañones, pero llena de hombres con mosquetes. Aunque su refuerzo no fue necesario.

No porque, en una de las ocasiones en las que viraron, el capitán Carbonell mandó pasar entre ambos enemigos. Eso

era meterse en fuego cruzado, pero los hombres obedecieron sin rechistar. Y así conocieron los pajes el pequeño infierno.

Desde la guardapesca, que llegaba a toda vela, así como desde los pesqueros y la barca, veían a los tres jabeques envueltos en humo de disparos, con las velas rasgadas y entre tronar de cañones. En la cubierta del *Venturoso* los tripulantes corrían de una a otra banda, para disparar de forma alterna sus piezas. Zumbaban las balas. Apestaba a pólvora, a sangre, a serrín.

A Carbonell, una bala le arrancó una oreja. Se mantuvo junto al timón, vociferando órdenes con el rostro ensangrentado. Ahí aprendieron Miralles y Subirats que el furor puede ser tan contagioso como el miedo. Porque la tripulación se había convertido en una turba de demonios harapientos y tiznados que cargaban y disparaban, cargaban y disparaban, tosiendo y lagrimando entre el humo negro.

Un tiro afortunado derribó el palo mayor del berberisco pequeño. El mástil cayó sobre cubierta, dañó el trinquete y dejó la nave escorada e indefensa. Casi al tiempo, una granada mató a Baba Bey y a su timonel, en el jabeque grande. Ambos sucesos sembraron el pánico entre los berberiscos.

Como ya llevaban castigo sobrado —el *Venturoso* llevaba también lo suyo— los del grande quisieron huir. No fue buena idea, puesto que ya no contaban con el apoyo del pequeño. El barco español, virando para disparar, le causó un destrozo enorme con bala, palanqueta y metralla.

Con la arboladura dañada, con muchas bajas y con sus mandos muertos, los del jabeque mayor se rindieron antes de que llegase la guardapesca. Aunque los de esta fueron de ayuda para hacerse cargo del jabeque menor, que se rindió enseguida. Algo que Carbonell supo recompensar más tarde.

Pudo, pues obtuvo buena presa. Dos jabeques con sus cañones. Y encontraron una carga intrigante: un arcón, en el camarote de Baba Bey. Tuvieron que forzar las cerraduras,

pues las llaves no aparecían. Ya alguno lo imaginó lleno de oro pero, para su chasco, no contenía más que papeles, escritos en latín y español.

Carbonell supo por los prisioneros detalles de la incursión y de ese cofre. No tanto como le habría gustado, porque los que sabían toda la historia habían muerto en el combate.

Los piratas venían de Trípoli, por lo que la tregua de España con Argel y Túnez no había sido violada. El difunto Baba Bey era un renegado, nacido con otro nombre en Alicante y alguien le había pagado para la incursión. El pagador —su identidad se la llevó el muerto a la tumba— le dio oro e instrucciones precisas. Desembarcar una partida entre Peñíscola y Benicarló, de noche, para atacar una masía sita a menos de una legua de la costa.

La partida mató al dueño de la masía, Leandro Rebled, así como a los criados que quisieron defender al amo o no acertaron a huir. Saquearon la casa y se apoderaron de esos documentos que tenía Rebled en su gabinete y que eran el objetivo de la incursión.

Dos renegados de la zona, que navegaban con berberiscos, fueron los que guiaron a la partida. A esos los ahorcaron al poco. Del expolio de los documentos se ocupó un turco viejo que también había muerto en la batalla. Solo él o Baba Bey podrían haber revelado quién pagó esa expedición pirata.

Aquello era todo muy raro y quedarse con la intriga le dolió a Carbonell casi tanto como la oreja perdida. No era hombre instruido, pero sí de mente inquieta. Se guardó los papeles, ya que el muerto no tenía herederos directos. Y, en los años siguientes, cuando se lo permitían sus andanzas corsarias, dedicó tiempo y esfuerzos a ese misterio con el que se topó de forma tan inesperada, una mañana de pólvora en la mar.